

# El desencuentro colonial entre españoles y filipinos en la segunda mitad del siglo XIX: entre realidad y representación

Helene Goujat

► **To cite this version:**

Helene Goujat. El desencuentro colonial entre españoles y filipinos en la segunda mitad del siglo XIX: entre realidad y representación. Centre de Recherches Ibériques et Ibéro-américaines de l'Université de Paris Ouest Nanterre La Défense. *Hommage à Thomas Gomez: universités, académies littéraires et bibliothèques dans les mondes ibérique, ibéro-américain et méditerranéen du XVIIIe à nos jours*, Université Paris Ouest Nanterre La Défense, pp.345-353, 2016, 978-2-85901-029-4. hal-02493743

**HAL Id: hal-02493743**

**<https://hal.univ-angers.fr/hal-02493743>**

Submitted on 28 Feb 2020

**HAL** is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

**El desencuentro colonial entre españoles y filipinos  
en la segunda mitad del siglo XIX:  
entre realidad y representación**

El proceso de recuperación del legado histórico de la presencia española en Filipinas pasó por un interés renovado por las memorias, los informes e incluso la correspondencia de los residentes en las islas, o de meros viajeros. Por cierto, tales documentos ofrecen un acercamiento enriquecido y personalizado a la realidad filipina decimonónica, al añadir otras fuentes y por lo tanto vertientes al tema que nos interesa profundizar en este artículo: la esencia del vínculo que unió durante más de tres siglos los filipinos con España.

La corriente historiográfica que ha surgido de este nuevo enfoque ha evidenciado que más allá de los hechos políticos, las implicaciones tanto económico-sociales como geo-estratégicas —que naturalmente habían delimitado el marco de la época colonial española en Filipinas—, todavía hoy un aspecto queda escasamente estudiado, con todo fundamental, y que entraña la pregunta siguiente: ¿qué clase de relación interpersonal establecieron colonizadores y colonizados?

Pero tal interrogante es resueltamente muy amplio y aunque es innegable la aportación de las respuestas y pautas de reflexión brindadas por el corpus mencionado, nos parece resultar parcialmente examinado el vínculo colonial puesto que nos quedamos a medio camino de la investigación si no tomamos en cuenta igualmente la visión que los filipinos tenían de los españoles. Es de reconocer que empezando a desbrozar este campo, pronto nos hemos percatado de que la visión que los españoles tenían de los filipinos y de Filipinas predominaba en la documentación y que al revés poco se sabía de cómo los filipinos consideraban a los españoles y, para los que pudieron permitirse el pasaje, a la Madre-Patria.

A raíz de esta comprobación se han asentado las bases de este estudio que había de tener como fuente principal los escritos de los filipinos instalados en España en la segunda mitad del siglo XIX. En ellos vertieron su enfoque no sólo de la Madre-Patria, en su contexto europeo, sino también de los españoles, que entonces se desenvolvían en su propio medio, a la vez ajenos a y alejados del ambiente colonial. Desde esta mirada

se nos ofrecen valiosos elementos para una comprensión más sagaz y matizada no sólo de la realidad colonial —con la visión que los unos tenían de los otros como punto de partida—, sino también de las incidencias de esta representación recíproca en el desarrollo del proceso histórico que ambos grupos compartieron, pese a la división tanto dicotómica como desigual tal como se vino imponiendo.

Sin embargo, tratar de superar tal desequilibrio, aunque es absolutamente imprescindible para ampliar y diversificar el corpus inicial, no resulta suficiente si mantenemos a ambos grupos en compartimentos estancos y permanentes dominantes *versus* dominados—, lo que sería de muy poca ayuda si pretendemos estudiar, no un hecho histórico, tampoco una situación colonial, sino más bien los mecanismos de una relación colonial, que no suele establecerse de una vez ni tampoco mantenerse monolíticamente. Al contrario se va construyendo, tejiendo, conforme las representaciones mutuas evolucionan y se matizan, en un evidente movimiento dialéctico.

Ahora bien, por las razones indicadas, nuestra aportación se centra más en la visión filipina de los españoles y de la Madre-Patria, y en particular a través de los escritos del Ilustrado filipino más conocido José Rizal, hoy considerado como el héroe nacional de Filipinas, por haber sido protagonista de primera categoría durante la segunda mitad del siglo XIX. Este periodo fue de importancia extrema para Filipinas que había de cortar los lazos coloniales con España en 1898, sin saber que una nueva era colonial iba a empezar de inmediato, bajo la bandera norteamericana.

Tampoco los españoles habían barruntado el porvenir de su lejana colonia asiática, lo que al fin y al cabo parece perfectamente lógico, ya que ni siquiera habían contemplado en serio la eventualidad de una rebelión filipina, por falta de lucidez política (Fradera, 2009, 129), o sencillamente por puro desinterés por lo que hoy los filipinistas y otros especialistas del tema colonial, llamamos «la cuestión filipina», que por cierto muy poca importancia tenía frente a todo lo que estaba en juego en el Caribe, y particularmente en Cuba.

Por lo cual Filipinas, mero vestigio del antiguo imperio, se convirtieron en territorio olvidado tan pronto como se firmó el Tratado de París en diciembre de 1898, que desembocó en una larga fase de «desierto historiográfico», y hubo que esperar bastante para que la investigación histórica en España diera a luz muchos materiales sobre la empresa colonial en Filipinas. Recordemos la obra pionera de la no menos pionera Lourdes Díaz-Trechuelo, que lamentaba que Filipinas siguieran siendo en 2001

«una gran desconocida», a pesar de la creación de departamentos universitarios muy dinámicos y de alto rendimiento en términos de publicación y formación de investigadores, y a pesar también de la inmensa tarea emprendida por el CSIC, y particularmente por M.-D. Elizalde que marcó un nuevo hito en la historiografía filipinista al editar en 2009 un libro que tituló de forma muy elocuente *Repensar Filipinas*.

También ella subraya en la introducción lo que llama «una notable falta de encuentro e interlocución» (Elizalde, 2009, 11), laguna que se dedica a llenar para llegar a «un mejor conocimiento de las relaciones entre España y Filipinas», lo que obliga a que no nos ciñamos a la visión del colonizador sobre el colonizado, del dominante sobre el dominado, visión que suele radicar en las mismas claves. De forma esquemática, este enfoque solía estribar en una mera reiteración de los tópicos sobre el indio, encantador como puede serlo un niño, pero fundamentalmente indolente incapaz de reflexionar por sí mismo, tomar iniciativas propias y por lo tanto de alcanzar algún alto grado en cualquier jerarquía. Tal juicio, compartido por buena parte de los europeos, así lo sintetiza el historiador filipino O. D. Corpuz: «El filipino es buen cristiano, monaguillo aceptable, mal diácono y absolutamente incapaz de ser cura; y el filipino es buen soldado, cabo aceptable, mal sargento, y absolutamente incapaz de ser oficial.» (Corpuz, 1998, 4).

De esto se puede deducir que tampoco es capaz de organizar cualquier sublevación contra la dominación española para rechazarla, y de nuevo nos encontramos con la tan poco acertada teoría que alterna entre la visión del filipino demasiado débil hasta el punto de nunca poner en tela de juicio la presencia española en su suelo, y la del salvaje para siempre incapaz de fomentar ningún movimiento armado con fines independentistas.

Ambas representaciones desembocaban más o menos en el mismo resultado para los filipinos que permanecían sometidos al poder colonial, pero es de recordar que el tema suscitó polémicas en el siglo XIX al plantear el problema de fondo de la esencia de los dominados: o bien eran niños que potencialmente se irían convirtiendo en adultos, gracias a la civilización brindada, en este caso, por España, o bien eran salvajes poco aptos para encajar en ningún modelo civilizador. De ahí otro planteamiento de sumo interés que es el papel del colonizador, que también causó debates encarnizados en aquel entonces.

Pero la cuestión sigue apasionando a los investigadores de hoy, para quienes se añade otra corriente, que nació con el tiempo y la distancia que se creó y que radica en otra perspectiva. Ésa remite a otro cliché de índole rousseauiana: el del filipino identificado con el buen salvaje, que tampoco puede sublevarse, pero esta vez por ser esencialmente bueno, ajeno a toda violencia y vicios propios de la civilización bárbara de los dominadores y, al respecto, de los españoles. Por lo tanto se evidencia una corriente que se ha nutrido del más hondo arrepentimiento y la condena de la empresa colonial española en su conjunto, cuyo primer pecado fue el de destrozar por completo un mundo irénico, que además había alcanzado un alto grado de desarrollo.

Así es cómo se ha dado al traste con la noción temporal obviamente útil para entender lo que es la historia o mejor dicho «la problematización de la historia». En esto estoy refiriéndome a la singularidad de cada «régimen de historicidad», un concepto que ha acuñado el historiador francés François Hartog (2003, 19) y que sirve para entender cómo funciona la relación de la historia con el tiempo, cómo se organizan en ella el pasado, el presente y el futuro, y qué sentido cabe atribuir a cada uno de estos conceptos (Hartog, 2003, 118). Así pues, siguiendo la demostración de Hartog, lo que actualmente hace mella es una forma de lo que él llama *presentismo*, es decir la prepotencia del régimen de historicidad propio del presente plasmado en otros regímenes de temporalidad. Con relación a nuestro tema, este presentismo en Filipinas, al igual que en todas las antiguas colonias españolas, se está aplicando al pasado prehispánico y al pasado colonial español, siendo ambos períodos analizados con pautas propias de los siglos XX y XXI, ensalzando la época precolonial y denostando los siglos coloniales, sin tener en cuenta que en su conjunto, los siglos pasados son las páginas de un mismo libro.

Quizás la explicación de esta confusión se encuentre en la influencia de la tendencia más «radical», y por lo tanto más a-científica, de los *Post-colonial studies*, que por desgracia ha ignorado el consejo tan valioso que nos dirigió Marc Bloch, para que no confundamos el papel del historiador con el de «una suerte de juez de los Infiernos, encargado de distribuir a los dioses muertos el elogio o la condena.» (1949, 125).

Ahora bien, que descartemos la simplificación binaria del mundo no invalida, ni mucho menos, la pertinencia de las teorías post-coloniales, cuya meta en su conjunto es explorar nuevos aspectos de la cuestión colonial con un enfoque resueltamente novedoso: no sólo poner en el centro del estudio al individuo como tal, sino también

dejar a los dominados evidenciar el papel que habían desempeñado en su propia historia, en nuestro caso compartida con los españoles. Por eso nos parece esencial el aporte de los escritos de los Ilustrados filipinos, y de Rizal en particular, que supieron sacar tanto provecho de la libertad de expresión e imprenta que les ofrecía la Metrópoli. En sus numerosos ensayos, artículos, discursos —a los que se suman novelas así como un volumen impresionante de cartas que intercambiaron entre sí y con amigos y parientes en Europa o Filipinas—, no vacilaron en exponer su propio análisis de la sociedad española, los comportamientos y formas de vivir de los españoles, tanto en su propio país como en el territorio asiático que sus antepasados habían conquistado más de tres siglos antes.

Pero de la forma más inesperada para el lector acostumbrado a que se repitan y renueven los episodios más crueles inspirados de la Leyenda Negra, y que por lo tanto contaba con ampliar con ejemplos aún desconocidos el ya rico abanico de los abusos cometidos por los dominantes, en los escritos filipinos se encuentran denuncias, eso sí, pero también muchos matices que acaban rompiendo el consabido esquema forjado en torno a las víctimas y los verdugos claramente identificados según su origen y rango social, y por lo tanto herméticamente encerrados en sus casillas respectivas.

Lo que destaca, al sintetizar muchos de los escritos filipinos, es que no todos los españoles se portaban mal con los indios y que no todos los curas tenían como meta principal infundirles terror, al hablarles del Infierno que les aguardaba y moliéndolos a palos por cualquier motivo. De esto nos dio prueba Rizal en su novela *Noli me tangere*, tan falsamente interpretada por las autoridades tanto coloniales como peninsulares, que se empeñaron en que fuera considerada como un feroz ataque contra España, lo que condenó Fernando Blumentritt, el antropólogo austríaco, filipinista, amigo y colaborador de Rizal:

*Se dijo que en el Noli todos los españoles eran pillos, calumniadores, intrigantes y venales para llegar al carácter antiespañol. Eso carece de criterio y de serenidad en aquellas personas. Porque hay también honradas como el viejo teniente de la Guardia Civil que aparece ya desde el principio.<sup>1</sup>*

Al revés, y como síntoma de lo acertado del método de reflexión dialéctica de los jóvenes intelectuales filipinos, éstos no dejaron en el tintero que también ocurría que los indígenas participaran de su propia servidumbre por miedo, o de la de sus

<sup>1</sup> «El Noli», novela de Rizal, juzgado por Blumentritt, Barcelona, Impr. de Francisco Fossas, 1889, p. 17.

compatriotas por oportunismo; nos enteramos de que el indio también podía ser malo, mentiroso, corrupto, infiel, violento con su mujer y niños, etc., como lo podemos leer en el *Noli*, otra vez analizado por Blumentritt:

*[...] se le acusa [a Rizal] pintar idílicamente a los indios [...] y al oírles se creería que los indios del Noli eran todos ángeles y serafines, lo cual no es cierto, porque Rizal nos presenta entre los mismos indios una turba de hipócritas pillos, supersticiosos cofrades, tahúres y otra gente de la misma ralea, que a ser los indios tan susceptibles como los peninsulares, se habrían también desgañitado contra el autor.<sup>2</sup>*

Esto viene a confirmar que incluso la historia colonial no puede entenderse como escindida en dos bandos: el de los buenos y el de los malos, y nos recuerda el consejo de M. Bloch, el historiador ya citado: que abandonemos *el viejo antropocentrismo del bien y del mal*. (1949, 126).

Ahora bien, lo verdaderamente nuevo no radica en lo que acabamos de evocar, ya que, en realidad, lo intuíamos. Otro aspecto nos parece mucho más interesante: lo que llamó el historiador francés Xavier Huetz de Lempis «La escuela colonial de la disimulación» (2009, 143-156), al calificar la era colonial española en Filipinas, poniendo de relieve hasta qué punto: «El contexto de la dominación colonial indujo tanto a los colonizadores como a los colonizados a recurrir sistemáticamente a la “disimulación”, a situarse constantemente en la frontera entre lo público y lo privado-secreto.»

Especialista de la historia de Filipinas y en particular del tema de la corrupción a finales de la época colonial española, afirma X. Huetz de Lempis que «en Filipinas coexistían dos mundos, el oficial y el confidencial; el mundo aparente y el oculto» (...), hasta llegar a una «cultura del secreto», (2009, pp. 144-146). Compartimos este análisis que nos sirve hoy de base para profundizar el tema de la «disimulación» pero a nivel más individual. Siempre nos ha llamado la atención el fragmento de una carta que escribió Rizal a Blumentritt en 1887 a propósito del porvenir de Filipinas: «Claro que España puede granjearse el afecto eterno de Filipinas, pero entonces tendría que ser más razonable: *todo el mundo se equivoca acerca de nosotros.*»<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> *Idem.*, p. 22.

<sup>3</sup> José RIZAL, «Rizal à Blumentritt», Berlin, 26-I-1887, in *The Rizal-Blumentritt Correspondence*, Volume I (1886-1889), Manila, National Historical Institute, 1192, L. 15, f°2 v et f°3 r.

Efectivamente, *todo el mundo*, es decir los españoles en términos generales, se equivocaron al identificar la indolencia de los filipinos con una pasividad que les abría camino para que los gobernarán con toda libertad, sin cuestionar nunca sus prácticas políticas. Los españoles pensaban que detrás del rostro impávido los filipinos no reflexionaban, no formulaban juicios, y así los dominantes no tenían la menor idea de la profunda ironía o duplicidad que podían ocultar un «Sí señor», un «Como quiera señor». De ahí la forma «autista» con la cual el poder español consideró las primeras señales de la rebelión, que no tomó en serio, y el resultado fue que se dejó sorprender por la revolución ya en marcha. En este sentido los filipinos refinaron hasta el extremo la técnica de la «disimulación», pero es de confesar que les resultó fácil engañar a los españoles que en su mayoría nunca hicieron el menor esfuerzo por entender la psicología o mejor dicho el alma filipina, por conocer a los filipinos, lo que a lo mejor hubiera significado *renocerlos*, y del reconocimiento hacia el dominado, en el sentido de «ganar su voluntad» el español no había querido oír hablar:

*Sólo cabían [pues] dos soluciones: o darles [a los filipinos] la independencia, o ganar su voluntad. No se hizo lo primero (y no faltó español que, como el diplomático Sr. Mas, lo aconsejara), porque hubiérase interpretado como que España renegaba de su historia, realizada por los aventureros y los militares más que por los estadistas y por los filósofos; y no se hizo lo segundo, porque difícilmente hace nadie aquello que más le duele: ganar la voluntad de los filipinos habría equivalido a desposeernos de nuestra psicología, y la psicología nacional es lo que, acaso por desgracia, constituye el sancta sanctorum de los españoles. (Retana 1907, 7).*

En resumidas cuentas, el español lo ignoraba todo de cómo «funcionaba» la mente de un filipino y, al revés, el filipino lo sabía todo sobre el español, el español de Filipinas, y también el de la Metrópoli. De esto nos enteramos al leer cuanto escribieron Rizal y los demás ilustrados filipinos instalados en España, que de sueño dorado se convirtió en caldo de cultivo propicio para la reflexión política, la que abrió paso a la formación de una conciencia nacional propia. Tampoco en su propio suelo los españoles se dieron cuenta de que ellos, su país, su vida política, literaria, artística, se habían convertido en un objeto de estudio para los filipinos que iban buscando modelos para adaptarlos en su propia patria. Resultó que encontraron más contra-modelos que de ningún modo merecían ser imitados. Rizal, después de un análisis de la sociedad española, quedó muy decepcionado, como lo comenta otra vez Blumentritt:



*[...] la autoridad del Gobierno [de España], la encontró mínima; no pudo ver la lucha que él esperaba entre liberales y clericales; vio, por el contrario, que republicanos y carlistas se unían muchas veces para conseguir algún ideal político. [...] Estudió entonces los diferentes partidos de España, y este estudio no le condujo sin embargo a formar mejor idea de los europeos. Encontró que, en verdad, todos los partidos tenían hermosos programas; pero observó que si bien en estos partidos se trabajaba a impulsos de las mejores ideas, a la mayoría en cambio no les guiaba más mira que la del egoísmo. (1898, 8 y ss.).*

No sólo las élites se merecían críticas, le había decepcionado también el pueblo español y más generalmente europeo:

*La masa del pueblo vio [Rizal] que, o era indiferente, o era manejada por cualquier cacique; que de cien europeos, noventa y nueve creen sin ninguna crítica lo que el periódico que leen les comunica; todo, sin detenerse a analizarlo, lo encuentran bueno; en fin, que en esta masa observó una gran analogía con el modo de ser de los tagalos. (1898, 9).*

Entre otras cosas, un aspecto que hizo que Rizal descartara el modelo español fue la tendencia a la división, al regionalismo, a lo que más tarde Ortega y Gasset llamaría el «particularismo» (1922, 44 y ss.). Le pareció esto del todo contrario a lo que Filipinas necesitaban, ya que para él, era imposible contemplar la formación de la nación filipina, sin que se hiciera referencia al *filipino*, género único que debía reagrupar las diversas y numerosas etnias que vivían en el archipiélago, además de los mestizos de chinos e incluso los españoles si les antojaba quedarse en Filipinas, todos formando un «cuerpo compacto y homogéneo»<sup>4</sup>, en plena sintonía con el concepto de las «comunidades imaginadas», forjado por Benedict Anderson (1983, xi-xv), que profundizó la teoría acuñada por Renan un siglo antes: una nación se fundamenta en un pasado común y al mismo tiempo en una comunidad de intereses para el porvenir (Renan, 1882).

Tales eran las pautas que querían seguir los ilustrados filipinos en plena tentativa de elaboración de un proyecto nacional para su patria, y pronto se percataron de que España distaba mucho de poder proporcionarles un modelo político que no fuera un contra-modelo. Aún más, si tomamos el ejemplo de Rizal, que tanta influencia tuvo en el inicio del movimiento nacionalista de finales del siglo XIX. Su análisis de cómo

---

<sup>4</sup> Según el primero de los cinco fines de los Estatutos de la *Liga Filipina*, que fundó Rizal en 1892: «Unir todo el archipiélago en un cuerpo compacto, vigoroso y homogéneo». Ver al respecto: Hélène GOUJAT, (1996, 82).

funcionaba España, enriquecido por experiencias comparativas en Alemania particularmente, acabó de convencerle que resultaba completamente irrisorio seguir manteniendo lazos coloniales con un país ya tan exhausto, que no podía contemplar la menor reforma para su lejana colonia, y que no había entendido la lección de la pérdida de sus colonias del continente americano.

Fue la señal de la madurez de los filipinos como pueblo, ideológica y políticamente. Y si este movimiento desembocó en la violencia trágica de la Revolución fue porque, a lo mejor, el poder colonial no supo descifrar esta señal o no quiso admitirla. España, o mejor dicho los militares españoles, se empeñaron en considerar a los filipinos como si fueran niños —o salvajes—, según la opción que se siga, cuando ya habían dejado de serlo. Ya no eran niños ni salvajes porque habían aprendido gracias a la Madre-Patria los derechos y deberes inherentes a la edad adulta.

Esta larga evolución del estatuto de dominado hacia el papel de protagonista de su propia historia se hizo gracias a filipinos que se esmeraron en hablar perfectamente la lengua española, conocer a fondo la cultura clásica española, en un afán de apertura hacia cuanto era hispánico, para entenderlo mejor, sacando el mayor provecho de su contacto forzado con la potencia colonial.

En esto se puede matizar lo del movimiento dialéctico que prevalece en toda relación colonial: los filipinos evolucionaron, sí, pero muy poco la Madre-Patria, que se mantuvo en sus trece con la visión antigua del pueblo que pensaba dominar por completo y para siempre, cuando en realidad se había emancipado ya mucho antes desde el punto de vista intelectual. Sólo faltaba adecuar esta autonomía —adquirida al amparo de las universidades españolas, tanto en Manila como en la Península —con la independencia política a nivel nacional, que arrancaron los filipinos a España, desorientada por la resistencia nada indolente de los que querían que en ambos bandos cayeran las máscaras y que se acabara con la tan funesta «cultura de la disimulación».

Hélène GOUJAT  
Université d'ANGERS  
Labo 3LAM Angers / Le Mans

Bibliografía:

- ANDERSON Benedict, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, London-New York, Verso, 1983, 224 p.
- BLOCH Marc, *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien*, Paris, Armand Colin, 2002 [1949], 159 p.
- BLUMENTRITT Ferdinand, *Biography of José Rizal, Distinguished and Talented Philippine Scholar and Patriot, infamously shot in Manila on December 30*, Singapore, Kelly and Walsh, 1898 [1896], p. 8 y ss.
- CORPUZ O. D, *The Roots of the Filipino Nation*, Quezon City, Aklahi Foundation, Philippines Centennial (1898-1998) Edition, 1998, vol. 2, 744 p.
- DIAZ-TRECHUELO Lourdes, *Filipinas: la gran desconocida (1565-1898)*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 2001, 341 p.
- ELIZALDE María-Dolores, «Introducción, Estudios para un mejor conocimiento de las relaciones entre España y Filipinas», in *Repensar Filipinas. Política, Identidad y Religión en la construcción de la nación filipina*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2009, p. 11.
- FRADERA BARCELÓ Josep M., «Reformar o abandonar. Una relectura del conocido como *Informe secreto* de Sinibaldo de Mas sobre Filipinas», in Elizalde M.-D., *Repensar Filipinas...*, *op. cit.*, p. 121-141.
- GOUJAT Hélène, «*La Liga Filipina*, creada por José Rizal en 1892, como balance político y base de un programa nacional para Filipinas», in *La Nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98. Actos del Congreso Internacional celebrado en Aranjuez del 24 al 28 de abril de 1995*, Consuelo Naranjo Orovio et alii (ed.), Madrid, Doce Calles, 1996, p. 79-84.
- HARTOG François, *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*, Paris, Le Seuil, 2003, 257 p.
- HUETZ de LEMPS Xavier, *L'archipel des Épices. La corruption de l'administration espagnole aux Philippines (fin XVIII<sup>e</sup>-fin XIX<sup>e</sup> siècle)*, Madrid, Bibliothèque de la Casa de Velázquez, 35, 2006, 421 p.
- \_\_\_\_\_, «Una escuela colonial de la “disimulación”», in: M.- D.Elizalde, *Repensar Filipinas...*, *op. cit.*, p. 143-156.
- ORTEGA y GASSET José *España invertebrada*, Madrid, Revista de Occidente en Alianza Editorial, 1988 [1922], 160 p.
- RENAN Ernest, *Qu'est-ce qu'une nation ? et autres essais politiques*, Paris, Presses Pocket, coll. Agora, Les Classiques », 126, 1992 [1882], 316 p.
- RETANA Wenceslao, *Vida y Escritos del Dr. José Rizal*, Madrid, Librería General de V. Suárez, 1907, 521 p.

